

LA CASA DE LOPE DE VEGA EN MADRID

Por CECILIO BARBERAN



LAS recientes obras de ampliación llevadas a cabo en la casa de Lope de Vega, de Madrid, y la apertura de la misma una vez terminadas aquéllas, nos plantea un estudio que entra en el campo de las investigaciones más actuales; esto es, ver hasta qué extremo una casa, el hogar que habitó una figura ilustre, puede ser, desaparecida ésta, biografía de su vivir.

En la casa de Lope de Vega, madrileña, pudiéramos decir que se da como en pocas mansiones de esta clase la biografía; está en ella tan viva la presencia del Fénix de los Ingenios, tiene tal poder de emoción y sugerencias cuanto en ella vemos, que difícilmente podemos encontrar en obra de este género otra que la iguale en valores emocionales y evocadores.

Pero, no nos separemos, pues, de la idea principal que nos interesó exponer tan pronto como esta vez volvimos a visitar la casa de Lope. Fué en el preciso instante que dió en ella el último toque de su sapiencia de museólogo y sabio investigador de todo cuanto se relaciona con las artes populares y suntuarias españolas que se llama don Julio Cavestany, Marques de Moret, a cuyo cargo ha corrido toda la nueva instalación.

Al punto de dar éste por terminada su obra entramos en la casa de Lope de Vega. Es la misma, como es sabido, aquella sita en la calle de Francos del Madrid de ayer —hoy, Cervantes, 11— que en 1610 adquiriera del capitán Villegas el poeta y en donde Lope muriera en 1635; casa que al cumplirse el III Centenario de la muerte del Fénix la Real Academia Española aderezó musealmente para rendir homenaje al genio impar que la habitó.

Esta autenticidad da valor a la biografía de un vivir que dicha casa tiene. Son valores singulares para la misma, de un lado, lo intacto que se conserva todo lo que a la fábrica respecta; después, las palabras con que Lope de Vega se refiriera a ella retratando el aspecto que la misma tuviera.

* * *

Fácil es conocer el valor que la casa de Lope de Vega, como finca de vivienda meramente, tiene. Se sabe que la misma, edificada por el albañil Juan Muñoz, corresponde al tipo de habitación modesta del Madrid de Lope. Y es el mismo Lope de Vega el que la retrata de «pobre casa, igual cama y mesa y un huertecillo», como escribiera alguna vez a Lope Félix.

Antecedente valioso es éste para estar advertidos de que ninguna grandeza hemos de ver una vez que pasemos la puerta de dicha casa y nos hallemos en su zaguán. He aquí la casa que eligió el poeta para vivir, consideramos tan pronto entramos en ella. Revela su aspecto una angostura económica tan notoria, que en este instante, cuando mentalmente recordamos la inscripción que Lope de Vega, como nuevo propietario, hizo grabar en la puerta de entrada —«Parva propria magna; magna aliena parva»—, lo juzgamos como un verso más de la fantasía del poeta.

Pero la realidad es otra; se presenta tan pronto pasamos el recio portón de cuarterones y pisamos el suelo del zaguán; está pavimentado con áspera loseta de barro; en el primer término de la entrada, a corta distancia de la puerta, comienzan las escaleras que conducen a la planta del entresuelo de la casa. Unos

peldaños de madera de pino, apenas sin alisar; una baranda de hierro con sencillo pasamanos nos llevan a las primeras habitaciones de la mansión.

Pero antes de subir por aquellas escaleras, nuestra vista ha quedado deslumbrada por un cuadro de luz radiante, cuyos reflejos iluminan la austeridad de aquella entrada hogareña; es el que se recorta al fondo de una galería pasillo del zaguán, hacia la izquierda, que comunica con el jardín del poeta; jardín pequeño, sin apenas flores de lujo, donde unas parras y un pozo de rústico brocal armonizan con la modestia de la vivienda.

Pronto nos sobrecoge la casi pobreza de la vida del poeta. Tenía razón Lope al retratar, como antes vimos, su casa. Pero esta pobreza no nos desalienta. Es la pobreza y la austeridad que tiene la vida de España a comienzos del siglo XVII; esa pobreza que forja la voluntad de sus hombres en la fragua de la dureza, de cuyo yunque salpican esas chispas de luz refulgentísimas de la inteligencia y de los afanes de sus hijos. Este medio es igual, pues, al de la celda del religioso, al calcinado de la estepa castellana o extremeña, que purifica con el sacrificio el alma de nuestros hombres y los hace lanzarse a las más altas empresas.

Por tanto, que este modesto hogar que vemos sea para Lope de Vega una fragua, un yunque más donde puede batir su inspiración. El es, sin duda, uno de los acuciamientos de la España de aquella hora, que opera el milagro de hacer soñar con grandezas a sus hombres, de estimular en ellos las creaciones que liberan de toda angustia.

* * *

Este elogio y justificación del hogar de Lope de Vega pierde un tanto su ejemplaridad tan pronto entramos en la sala principal de la casa, situada en la planta del entresuelo del edificio, con balcones a la calle, pieza que reconstruye el cuarto de trabajo del poeta.

Al entrar en ella pudiéramos decir que pronto nos satura un vaho humanizado. ¡Qué acierto de instalación! ¡Qué fidelidad de

muebles y qué riqueza de detalles! Todo es tan justo, tan perfecto, que opera el que nos creamos cerca del poeta. ¿Dónde está Lope?, nos preguntamos a cada instante. Hay momentos en que, confiados, creemos que lo vamos a ver. Esto aumenta nuestra emoción.

Ahora, que en este cuarto de trabajo de Lope de Vega las impresiones que recibimos son muy otras, más varias, más complejas. Las casas, como las personas, tienen en lo que constituye su cuerpo, su distribución, piezas secundarias y lugares íntimos, sagrados muchos de ellos, que nos proporcionan al entrar en los mismos conocer la intimidad de aquella vida. Esto acontece con este despacho de Lope. El cuarto de trabajo del poeta nos depara conocer un amplio aspecto de la intimidad literaria y vital del genial escritor.

Pero de forma maravillosa, ciertamente. He aquí la pieza en donde durante muchas horas vagó la fantasía del poeta. Aquí fué asistido Lope infinitas veces por la inspiración creadora; de aquí salieron gran parte de esa humanidad de seres que constituyen su teatro; el silencio de este cuarto fué roto muchas veces por las palabras, ya angélicas, ya filosóficas, ya pánicas, de su poesía religiosa y radiante.

Esto lo vemos, de modo admirable, cuando reparamos en algunos de los muebles y cuadros de la estancia. He aquí la mesa sobre la que escribiera el poeta. La preside un retrato de Lope de Vega, de pintor anónimo, que nos hace pensar que bien cerca tuvo que estar de Luis Tristán, el discípulo del Greco que lo pintó, y al que debemos la mejor iconografía de Lope.

Al pie del retrato está la mesa del escritor; mesa de sencilla traza castellana; un tintero de metal con pluma de ave y una salvadera son los adminículos de Lope; un velón lucentino en la misma nos recuerda las horas de trabajo nocturno del poeta. Nada vemos sobre aquella mesa que pudiera distraer la atención de Lope. Pero acaso la recogieran toda dos libros que hay en la misma: uno es la *Nobleza de Madrid*, de Jerónimo de la Quintana, abierto

por una página, y otro un pequeño breviario de Arias Montano, el sabio humanista, escritor esclarecido, gran amigo de Lope.

Cerca de la mesa, cubriendo toda la pared de aquel lado de la estancia, hay una estantería llena de grandes infolios con tratados de teología y libros de caballerías.

¿Qué obras sirven de inspiración al poeta en aquel lugar? Ninguna, acaso, más sugerente que un gran cuadro al óleo que tiene en aquel compartimiento cerca de la vista, hacia la izquierda, lienzo que representa una «Alegoría del triunfo de la Iglesia Católica». El mismo, como asunto, es una concepción barroca de imágenes teológicas, de aquellas que tan frecuentemente glosó el poeta en sus composiciones dramáticas. Dicho cuadro impresiona como un frondoso árbol genealógico, de cada uno de cuyos brazos pende una virtud ejemplar. Del aprecio en que tuviera Lope aquella pintura nos habla el haber figurado dicho cuadro en el convento de las Trinitarias, junto a las obras y muebles que de la casa paterna aportara al mismo Marcela, la hija de Lope, cuando ingresara en él.

De ello parece dar fe el retrato de Marcela de San Félix, con hábito de trinitaria, que hay frente a dicho lienzo; pintura, aunque de época posterior, que tiene por misión atestiguar el origen de dicho cuadro.

A continuación reparamos en los bargueños que figuran en la pieza. ¿Son los dos bargueños que cita Lope que tuviera en su casa? Nosotros afirmaríamos que sí. Y en verdad que al reparar en ellos vemos que pocas piezas hay en la casa más ricas en intimidades que estos muebles. Uno tiene el pie labrado con tallas renacentistas; otro es mudéjar, sobre base de sencilla traza castellana.

Pero estos bargueños, con sus gavetas a la vista, no pasan desapercibidos para nosotros, sino al contrario, ante el caudal de recuerdos que los mismos encierran. Ellos nos hablan ahora de un largo momento de la vida amorosa de Lope; de aquellos amores que en forma turbulenta conmocionaban su vida y que en tantos momentos hacen inconcebible que el poeta tuviera serenidad de

juicio para poder plasmar sus maravillosas concepciones poéticas. He aquí otro de los aspectos del genio, en el que ningún estudio caló hasta ahora para decirnos cómo pudo apartar en tantas ocasiones la llama que quemaba su carne de la llama que daba tan purísima luz a su espíritu.

Nada más lleno de sugerencias que cada una de las gavetillas de estos bargueños. En ellas, como es sabido, guardaba Lope las cartas de sus amores de pecado. ¿En cuál de ellas estuvieron los pliegos que le escribieran Elena, Isabel, Juana, Micaela, Jerónima, Antonia, Angela y Marta de Nevaes, entre otras menos conocidas?

En este momento evocamos a Lope, como es de suponer, ante el vendaval de pasiones que todas aquellas cartas de amor representaban. Se dice que solía releer con gusto y fruición estas cartas. Fácil es, por ello, adivinar la lucha que en el infierno de su conciencia habría en muchos momentos al leer estos pliegos, iguales a cánceres de pasiones que le corroían el alma.

En el extremo opuesto del cuarto de trabajo de Lope hay un compartimiento donde el poeta recibía a sus amigos y con éstos hacía tertulia literaria. Un espléndido brasero de cobre con tarima de madera decorada con artísticas aplicaciones de metal es el centro de un severo estrado de sillones de baqueta, donde toman asiento los amigos. Una estera de esparto cubre aquel trozo del pavimento. Este estrado nos trae la presencia de los amigos de Lope. Estos son: Eliso de Medinilla, Tamayo, Balas, Narbona, Vélez de Guevara, Soto, Chacón, Montalbán y Herrera, entre otros.

Fácil es adivinar la amenidad de la conversación entre los reunidos. También oír sus imprecaciones contra aquellos «truhanes», enemigos literarios de Lope, que se llamaban Cervantes, Góngora, Quevedo, Suárez de Figueroa, Mártir Rizo y Tomás Ramila. Esto viene a confirmar cuán viejo es en el mundo literario que las lenguas de unos se conviertan en tijeras despiadadas para cortar las alas de la gloria al compañero cercano.

El rincón, en verdad, es grato, íntimo, selecto; una artística librería, coronada con españolísima arquitectura, brinda a los re-

unidos la sabiduría de sus fondos; sobre una mesa de pulimentado nogal y traza antoniana se amontonan libros; también vemos un velón con sus mechas en disposición de ser encendidas. En aquel compartimiento hay una obra de arte que consideramos interesante: es un cuadro con asunto angélico que pintara Luis Rosicler Carpio, sobrino de Lope; este cuadro nos revela lo extensa que fué la pintura mediocre en todos los tiempos.

La tertulia literaria está presidida por un retrato del mejor amigo de Lope: por el de Benito Arias Montano; es un homenaje póstumo por el singular afecto en que tuviera al poeta.

* * *

Pero la casa de Lope de Vega tenía también una calidad social a la que había que atender. Esto aconsejó en la misma la instalación de un estrado para recibir a los visitantes. Acabamos de entrar en él; se comunica por una puertecita del cuarto de trabajo de Lope, cercana al lugar donde está el estrado de la tertulia.

Pocas piezas más interesantes que ésta; las paredes del estrado están tapizadas de rojo; una alfombra con dibujos encarnados y negros de traza mudéjar cubre parte de su pavimento; en él se alza una tarima, en la que hay unos cuantos cojines para que los visitantes se puedan sentar a usanza moruna. La pieza impresiona por su carácter íntimo y selecto. Un gran espejo con moldura negra cubre casi toda la pared central de la estancia; allí nos es dado ver tres preciosos bufetes de dama: uno es de traza mudéjar, otro tiene fina arquería renacentista; el tercero está trazado con sobria arquitectura española. También admiramos un cuadro con una copia de Rubens y otro con un retrato de Lucrecia.

Todo es fino, señorial, en aquella pieza. Pero lo más suntuoso de todo es el tapiz que cubre una de sus paredes; el rico paño se pliega como en disposición de cubrir con su vuelo a aquellos que necesitan calor, cobijo. ¿Es éste el tapiz que en cierta ocasión pide Lope de Vega al Duque de Sessa para evitar el frío que entra en aquella casa por puertas y ventanas? Creemos que sí; el Duque le

hace este regalo como el mejor de todos para hacer un poco cómoda aquella casa.

* * *

Contiguo al estrado está la alcoba de Lope de Vega. He aquí otra pieza en donde en tantas ocasiones podemos ver a Lope encarado con su conciencia. Todo está dispuesto en ella con monástica sencillez; todo es modesto, pero rico espiritualmente a la vez. El dosel del lecho está vestido de grana verde; un crucifijo preside la cabecera; cerca de la mano de Lope hay una pila con agua bendita; una imagen de San Juan, en talla, y un pequeño Ecce-Homo, en bajorrelieve, nos dicen cuáles son las devociones predilectas del poeta.

El mobiliaje de la alcoba lo componen un sillón fraileroy un arca, sobre la que vemos una bacía de loza para afeitar; en un rincón de la estancia, un lebrillo de Muel, para el aseo personal de Lope.

Pero el mayor horizonte espiritual que puede tener aquella alcoba nos lo descubre una ventana; por ésta vemos el oratorio de la casa; Lope, desde su lecho, podía oír misa.

Por eso dijimos que pocos lugares como éste encararon más continuamente la vida de Lope con su propia conciencia. Aquí fué acaso el lugar donde, en un momento de duro reproche contra sí, escribiera aquella «Rima sacra» que comienza:

*Cuando me paro a contemplar mi estado
y a ver los pasos por donde he venido,
me espanto de que un hombre tan perdido,
a conocer su error haya llegado.*

* * *

El oratorio de la casa de Lope de Vega está impregnado de vivencias del genio. La mayoría de las imágenes que vemos en él fueron ante las que rezó el poeta. Ellas oyeron en infinidad de ve-



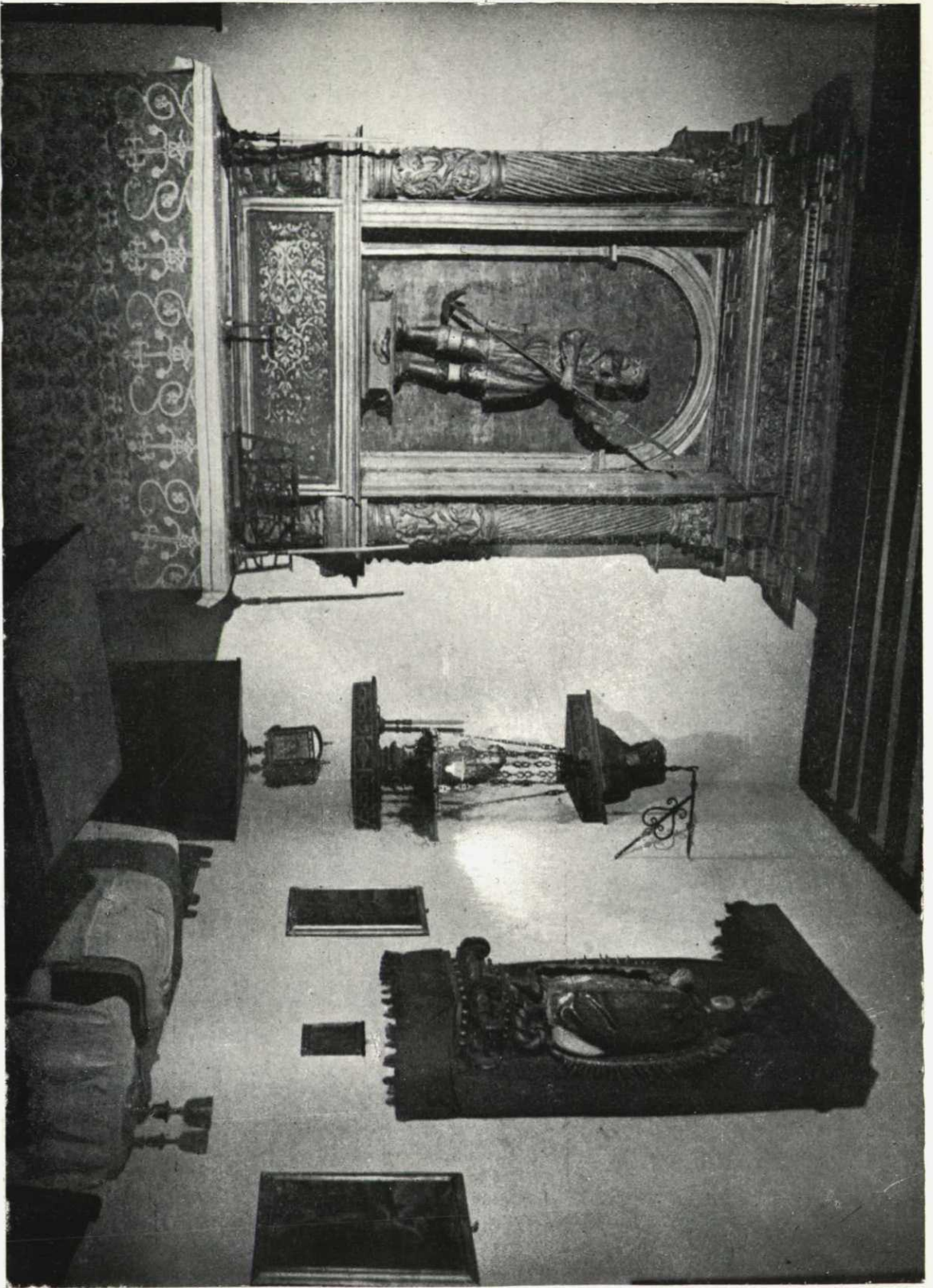
Dormitorio de Lope



El patio de la casa de Lope de Vega



El despacho de la casa de Lope de Vega



Oratorio

ces las atribulaciones que tras de la tremenda estela de sus escándalos amorosos se apoderaron del ánimo del poeta.

Todo lo que en el oratorio vemos tiene un singular valor. La imagen que lo preside —San Isidro Labrador—, escultura tallada en 1605, era ante la que rezó el Fénix; artísticamente responde a las imágenes realistas de la escuela castellana; allí vemos también los dos Niños Jesús que tanto asisten en la vida de Lope, y que Marcela, la hija religiosa, viviente súplica humana por el perdón de los pecados de su padre, conservara en el convento de las Trinitarias donde profesó.

De igual procedencia es el pequeño grupo del Nacimiento, que tanto gozo espiritual le producía en sus horas de paz al poeta; el mismo, como obra escultórica, responde al estilo de esos expresivos altorrelieves de la escuela castellana de la época. Una imagen de la Purísima, un crucifijo y un relicario de ébano y marfil, que en tantas ocasiones se llevara a los labios Lope para ver de apagar el fuego que los quemaba, se presentan ante nuestra vista. En las paredes vemos un cuadro al óleo con la imagen de Santa Catalina de Sena y otro con la huída a Egipto, que documentan el oratorio del artista. Sobre una mesa vemos un alba, un cíngulo y una casulla como a punto de revestir al sacerdote; un reclinatorio de alto talle parece esperar que el poeta doble las rodillas en él...

Pero Lope no está allí; le vemos en el lecho por la ventana que hay frente al altar; el dosel y las ropas de la cama nos destacan a Lope espiritualizado, en lucha sempiterna entre el ángel y el demonio, que dominaban su vida. Pero basta ver la chispa de fe que los ilumina para creer en la salvación del alma de aquel hombre.

* * *

Al salir de la penumbra del oratorio, que se abre en el centro del primer rellano de la escalera, nuestra atención es solicitada por la lumbrarada de una pieza contigua; ésta es el comedor de la casa, cuyas ventanas dan al pequeño jardín.

El comedor de la casa de Lope de Vega es una estampa más

del sobrio vivir español de aquellos días. Pero no faltan en él detalles de buen gusto, reveladores de una elegancia. La mesa, de recio nogal, es de traza antoniana; sillas y sillones con asientos y respaldos de cuero constituyen su estrado; sobre la mesa vemos un velón de fuste salomónico; al fondo hay un precioso armario, guardador de viandas, de ágil traza renacentista, y frente al mismo, otro armario más pequeño, en cuya parte superior reparamos en un bello cuenco de cerámica de Talavera, en un pibetero de cobre y en varias piezas de cristal.

Todo es severo, si bien selecto, en la estancia. En las paredes se abren dos alacenas con puertas de cuarterones; la decoran cuatro lienzos con bodegones. Estos niegan en absoluto que existieran en aquella hora «Despensas» tan espléndidas como las que pintaran Snyders, Boel. Los pintores españoles, siguiendo a Zurbarán, encontraron el mayor placer pintando las pobres cerámicas, vidrios y frutos que vemos en estos cuadros.

En la estancia que visitamos evocamos un lance cuyos ecos de escándalo tardaron mucho tiempo en borrarse de la memoria de las gentes. Es el de una comida a la que en cierto día invitó Lope a Marta de Nevaes, el amor apasionado de aquella hora de su vida. Esta estancia, tan sobria, estuvo un día aderezada con las mayores suntuosidades que pudiera concebir la imaginación más rica. Esta modesta pieza, en una noche en la que el poeta tenía al rojo vivo su corazón pasional, se vió adornada con los mejores tapices, la vajilla de plata, cristalería de Bohemia, candelabros cincelados como los que pudiera tener un poderoso señor de los Países Bajos o un Dux de Venecia, para obsequiar en ella a Marta de Nevaes. Que nada, como es sabido, supera en fantasía y deseos la imaginación de un enamorado.

En este comedor comió un día Marta de Nevaes con Lope de Vega. La modestia de la calle actual, no obstante de lo desustanciado que está de ella el típico carácter que tuviera cuando era la calle de Francos, parece que guarda un fiel recuerdo del escándalo que se produjera cuando un día, al atardecer, llegara a la

casa de Lope Marta de Nevares en un espléndido coche del Duque de Sessa, arrastrado por un poderoso tronco de caballos.

Pocos pueden adivinar, al recordar este sucedido, el frenesí, la alegría que había en su ser, y el dolor, el tremendo dolor y vergüenza que sintieron algunas de las personas que vivían a la sazón en aquella casa. Estas eran las tres hijas de Lope. Nadie puede adivinar la intensidad que tuvo aquel contraste.

Marcela, su virtuosa hija, ha espiado todos los pasos que ha dado en la casa Marta de Nevares; su rostro se ha cubierto del más intenso carmín y la indignación ha paralizado su voluntad y su lengua cuando ha visto cómo la Nevares, indiferente ante el escándalo, ha curioseado en toda la casa, con el interés con que se ven las cosas de un ser amado. Marcela llega a conocer todas las locuras que es capaz de hacer una pasión senecta...

Se sabe que el duque de Sessa, gran amigo de Lope y compañero en despeñaderos morales de su vida, envió para esta comida su servidumbre y sus cocineros para servirla y aderezarla. Fácil es adivinar la suntuosidad que la misma tendría. La cocina, que está contigua, parece atestiguar la esplendidez de las viandas que se comieron; de los capones asados que allí se prepararon, del pastel de liebre que se hubo de amasar, de los pichones con salsas de nuez y almendras que se dispusieron; de la dulcería morisca que llenaba los centros de plata que adornaban la mesa.

Hoy, de aquella fugaz opulencia de una hora, hija de un desvarío de amor, no queda nada en el comedor y en la cocina de la casa de Lope de Vega. La soledad y la quietud que se enseñorean en ellos parecen losas que sepultan hasta el recuerdo. Sobre todo, en la cocina donde acabamos de entrar. En ella vemos que queda lo substancial de la misma, lo medular de su carácter. Este responde a la austeridad hispana que caracterizó el yantar de aquella época. De la campana del fogón de dicha cocina pende una cadena que suspende el clásico caldero; unos morillos, con bronceadas bolas, juntan la leña de la hoguera; allí vemos también unas trébedes de simple y artística traza, y en un vasar piezas para la cocina de alfarería popular y de cerámica de Talavera.

Una tinaja tobosina ocupa un ángulo de la estancia, y en un hueco de la pared, junto a la lumbre, vemos un banco de rústica traza, dispuesto para la hospitalaria espera del visitante modesto. Una ventana, con puerta de cuarterones, inunda de luz la estancia.

Nada más sobrio, más fiel, más sugerente que esta cocina de la casa de Lope, verdadera estampa de un aspecto del vivir de una época.

* * *

También parece que huyó el triste recuerdo que un desvarío de amor trajera a la casa de Lope, de otra pieza que comunica con el comedor. Esta es la alcoba de Feliciano y Antonia Clara, las hijas del poeta.

En esta pieza que ahora vamos a visitar se plasmó un silencio, una luminosa quietud tal que emociona tan pronto entramos en ella. Es la alcoba de dos solteras; de dos seres —gris y modesta una, Feliciano, y harto inquieta y desenvuelta otra, Antonia Clara.

Dos lechos con dosel hay en la alcoba; uno, con cortinas de grana verde; otro, con telas de grana azul. Hay un espejo de verdosa y desfiguradora lámina, ante el que difícilmente puede una persona mirarse, y una mesilla con un pequeño armario. Una pila para el agua bendita, de metal dorado, está al alcance de las manos de las doncellas; un lebrillo con reflejos metálicos, morisco, y un paño de algodón, a modo de toalla, están dispuestos para el aseo de las hijas de Lope.

Pero la impresión de vida más quieta y fiel la da un pequeño cesto con labores a las que dedicaran muchas horas Feliciano y Antonia Clara. Un sillita costurera con un cajoncillo para el hilo y las agujas, nos hace pensar que las hermanas están en la casa y que pueden llegar de un momento a otro a la alcoba.

Aquella tranquilidad, apenas nos saturamos de ella, también se ve ahuyentada por el más triste recuerdo. Surge éste cuando al pensar en Antonia Clara, recordamos que fué raptada por el galán Cristóbal Tenorio, rapto que tanto dolor produjo a su padre,



Comedor de la casa



Un aspecto de la escalera

que este dolor contribuyó para que Lope expiara en el mundo una gran parte de los pecados de su vida.

* * *

Desde la alcoba de Feliciano y Antonia Clara cruzamos el breve pasillo del entresuelo y subimos por típica escalera a las nuevas piezas de la casa de Lope de Vega, acondicionadas en lo que ayer fuera boardillones de la misma.

Nada más pintoresco que ver la traza de esta escalera; en ella se superponen los planos con arcos de un piso y otro; arcos que dan la impresión de escenografía unas veces; otras, de pobre recuerdo de un albañil queriendo imitar construcciones palaciegas. Pero lo cierto es que todo está barajado con una simpleza y un tipismo tal, que sorprende y encanta. Cuando llegamos a esta nueva planta de la casa, podemos decir que el ambiente que viviera Lope de Vega nos ha saturado.

Un desconcierto de pasillos, huidizos, luminosos, pobres, se presentan ante nuestra vista. ¡Siempre el vivir angosto enseñoreándose en todos los lugares de aquella casa! El silencio y el frío parecen los señores de la misma.

En lugar, un tanto apartado de aquella planta, está la alcoba del capitán don Alonso de Contreras, aquel soldado y aventurero a quien Lope, sin haberle hablado en la vida, llevó a su casa, diciéndole: «Señor Capitán, con hombres como V. m., se ha de partir la capa.»

Ocho meses, según cuenta don Alonso de Contreras, fué huésped de Lope. ¿Cuánto debió la obra del poeta a la riqueza de vida y aventuras de aquel soldado? Lope, seguramente, encontró en él un libro abierto, lleno de aventuras de vida. De ahí su interés en tenerlo en casa.

La alcoba de Contreras es la de un huésped propiamente; se observa en ella un mayor esmero, un celo mayor en cuanto a lecho y muebles. El dosel está tapizado de grana roja; a la cabecera de la cama hay un sillón frailerío, con la capa y la espada del

soldado; de la pared pende un sencillo candil y un cuadro con la imagen de Santa Clara.

Para adorno, se ha colocado allí otra pintura de Luis Rosicler Carpio, que representa a San José, y un hueco de la pared sirve de estante con libros para mayor distracción del huésped.

El ajuar del soldado está constituido por una historiada maleta de viaje, de cordobán labrado; ésta impresiona por su rareza, como esa maleta extraña que traen a las casas todos los huéspedes.

He aquí dónde, durante algunos meses, puso reposo a las aventuras de su vida el capitán don Alonso de Contreras.

* * *

Al salir de la alcoba del soldado, nos encontramos ante un pasillo o corredor, todo lleno de luz, de soledad y de frío. Al fondo, vemos una pieza que nos trae por la claridad y la paz que irradia; es la pieza donde pudiéramos afirmar que permanece más vivo el recuerdo de un ser: la alcoba de Marcela, la hija de Lope.

Pero antes de llegar a ella, nos hemos de detener en un cuarto también muy interesante; en el de las criadas Catalina y Lorenza Sánchez, que Lope tuviera a su servicio y citara en su testamento. Esta alcoba corresponde al característico de lugar rústico, campesino. Nada de lechos con dosel, sillas y comodidad alguna. La disciplina de trabajo de las mozas impide toda pequeña molición. Las camas las constituyen banquillos con cinco tablas; un feble colchón se cubre con colchas de lino bordadas con dibujos populares; un pequeño candil, ayudador de luces no amanecido, pende en la pared; también, entre las cabeceras de las dos camas, hay un cuadro con la imagen de San Estanislao de Kostka, en litografía de la época, que indica la devoción que aquéllas tuvieran.

* * *

Contrasta con esta pobreza la otra pobreza señorial de la alcoba contigua: la de Marcela, en la que acabamos de entrar. Acierto singular consideramos que es visitar esta alcoba al final

de nuestro recorrido por la casa de Lope de Vega. Pues ella reúne, a nuestro juicio, todos los valores morales que tienen como sello una vida. Marcela es la hija predilecta de Lope, la que hereda su talento literario y la que le sigue en las creaciones del espíritu. Pero con la variación capital de que sus vidas, al comenzar a rendir sus frutos intelectuales en el mundo, al bifurcarse, toman caminos muy distintos.

Entremos, pues, en la alcoba de Marcela y procuremos saturarnos antes del vaho que parece que en ella se enseñoera. El lecho de la doncella es un dosel con cortinajes de pesada tela verde; al alcance de la mano, en la cabecera del mismo, hay un crucifijo sobre la mesilla, un velón y un libro de oraciones.

El suelo está cubierto con una alfombra de dibujo negro y rojo de traza morisca; un cuadro con imagen de devoción y otros dos con floreros decoran las paredes. Junto a una ventana, que inunda de luces la estancia, hay una mesa atril de cuarterones para escribir; unas cuantas sillas, con asiento y espaldar forrados de damasco de seda rojo, forman parte del mobiliario.

Reparamos, una vez más, en la mesa escritorio de cuarterones por la atracción que ejerce sobre nuestro interés en aquel instante. En ella escribió Marcela gran parte de las inspiraciones que recibió de la vena poética paterna. Cerca está un espléndido bargeño con tablero para escribir, abierto; en otro lugar de la estancia vemos un típico cofre forrado de piel y herrajes de artesanía madrileña; en otro extremo, una cuna, que nos recuerda los primeros días de la vida de Carlos Félix, el hijo de Lope.

El cariño que inspiró aquel ser rodearon su lecho de las más finas prendas; la almohada de su cuna se cubre con un tapetillo de encaje español; la colcha es de recio lino decorado con finos dibujos; a los pies del pequeño lecho se extiende una piel de cabra para reservar al infante de todo posible frío. A la cabecera de la cuna hay una pequeña silla, en cuyo espaldar está prendido una banda de seda azul de la que penden medallas, sonajeros, higas y amuletos que pueden librar de todo maleficio al infante. Nada más quieto, más sereno, más luminoso que esta estancia.

Pero este concierto de serenidades, tan apartadas del mundo, ¿qué dicen a Marcela? Le descubren su vocación monjil, una vez que ha conocido cuanto de escaleras abajo ocurre en aquella casa; cuando, siendo aún blanda cera humana, ha pasado por el oprobio moral de tener en alguna ocasión de comparecer y rendir pleitesía a alguna de las mujeres que mantenían en pecado mortal la vida de su padre; también la amargura que le produjo ver raptada por un truhán su hermana Antonia Clara.

Aquella tranquilidad sólo se ve turbada por los sonos de las campanas del convento de las Trinitarias de la calle de Cantarranas, cercana. Y éstos son los que le iluminan para que por el inmenso amor que siente hacia su padre, haga ofrenda de su vida al claustro, para, con la inteligencia que heredó del descañado padre amado, pedir a Dios por él, a todas las horas de su vida.

Dios le ha llamado al claustro; ya conoce la medicina para curar tan inmensos males; estos son celda, cilicios y ayunos. A estos entrega Marcela su fragante juventud en pos de alcanzar la salvación del alma del ser al que le debe la vida.

Veamos, pues, cómo la estancia más quieta y más serena de aquella mansión, es, acaso, la más honda, la más turbulenta de una vida que también como Lope alcanzó la mejor inmortalidad: la de su alma.

* * *

Toda casa de figura prestigiosa, aquella que caldeó con el aliento de su vida un personaje ilustre, puede ser, sin duda, biografía de su vivir. Ley de naturaleza las impregna de tal manera de vivencias inaprehensibles que dan lugar a este milagro.

La casa de Lope de Vega que acabamos de vistiar es, como hemos visto, la biografía de un vivir. Fácil es adivinar, a través del bosquejo que de la misma acabamos de hacer, el interés que tendría el auscultar palmo a palmo en cuantos lugares la misma encierra.